

El Correo

PUBLICACION DE LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS



PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA

VOLUMEN V — No. 3.

MARZO DE 1952

★ en la página 3 :

LA LUZ BRILLA
EN LA ESCUELA

por Carlo LEVI

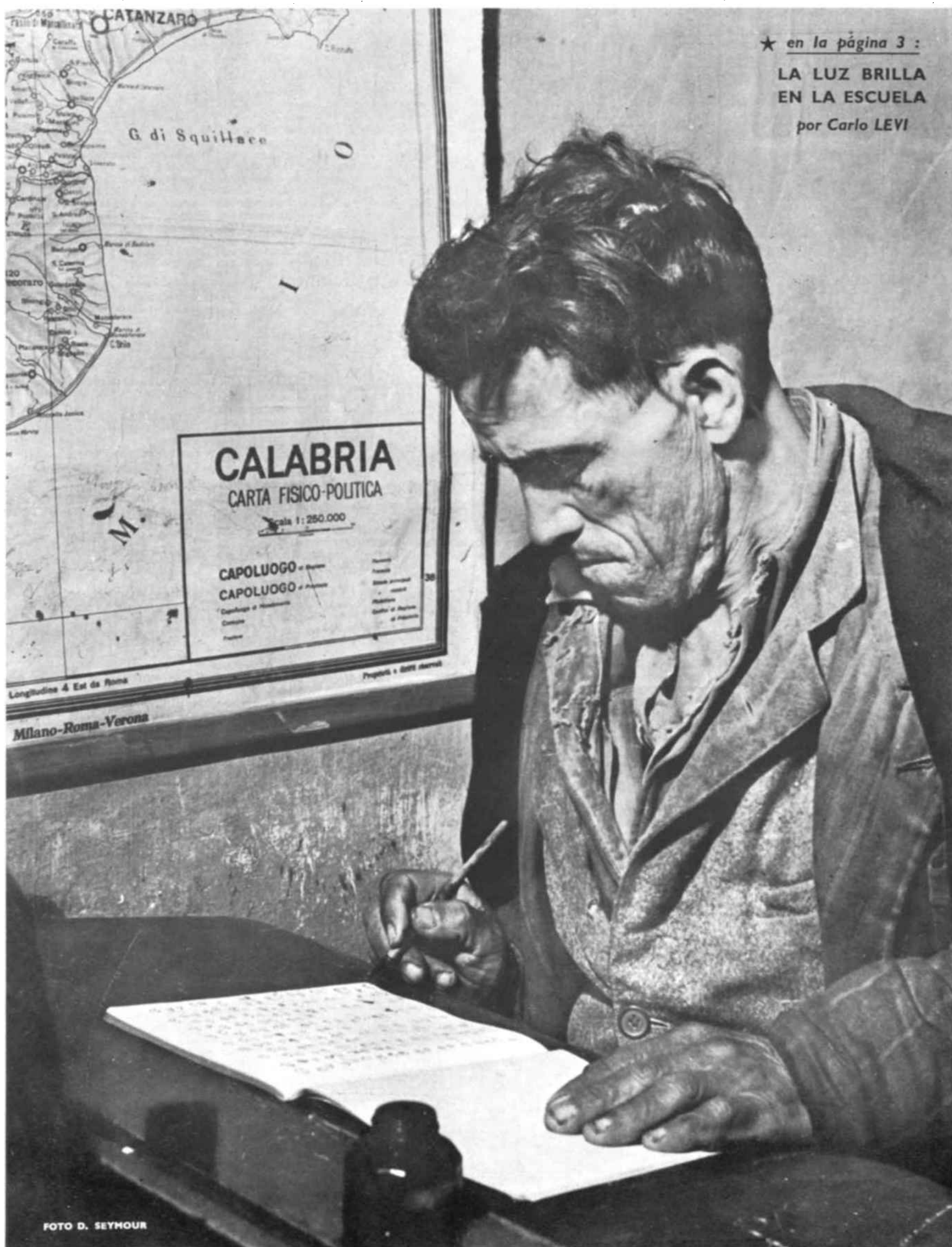


FOTO D. SEYMOUR

La luz brilla en la escuela

par Carlo Levi
(Autor de "Cristo si é fermato a Eboli")

Fotos de David Seymour

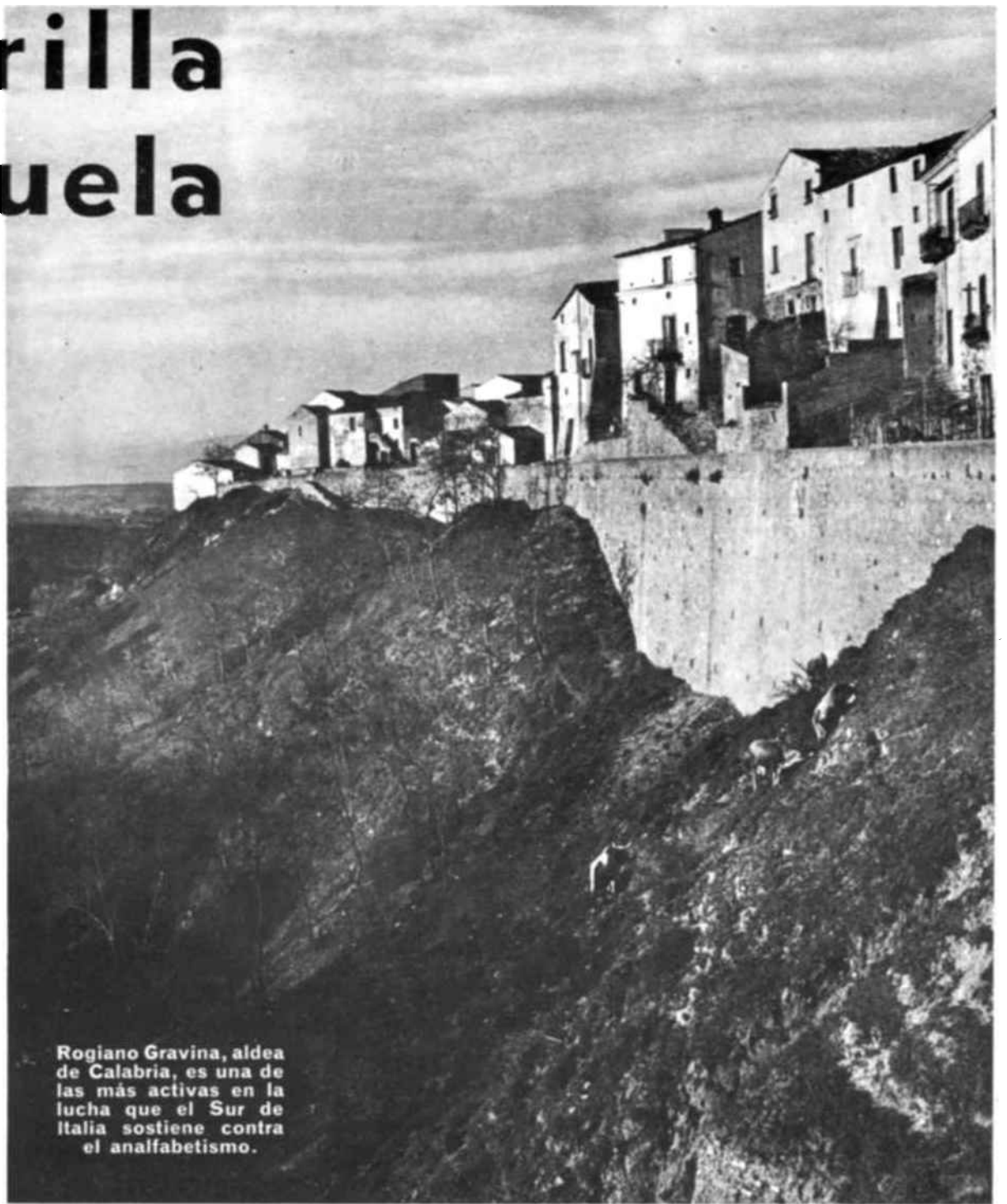
LA Italia de la post-guerra ha demostrado poseer un asombroso espíritu de empresa, como si su vitalidad, encerrada durante largo tiempo, hubiera encontrado salida por fin y surgiera de repente con la misma fuerza con que surgen las hojas en los árboles bajo el calor del sol primaveral. Cada italiano ha seguido su propio camino y se ha puesto a buscar solución a sus dificultades individuales, pero al mismo tiempo se ha hecho un esfuerzo para atacar varios males generales que son incompatibles con la atmósfera de libertad de que se goza actualmente en el país. Uno de esos esfuerzos, realizado con escaso apoyo financiero pero con verdadera energía y devoción, es la batalla contra el analfabetismo, vieja plaga de la sociedad italiana, cuyas proporciones varían grandemente de un extremo a otro de la península.

En el siglo pasado, cuando Italia se encontraba en pleno proceso de unidad nacional, la mayor parte de la población estaba constituida por analfabetos. El Gobierno se apresuró a fundar escuelas primarias y, en el curso de unas pocas décadas, la población del Norte urbano e industrial llegó a ser tan letrada como la de los países más avanzados de Europa.

Pero por razones diversas el progreso en el Sur resultó ser mucho menos fácil. Las estadísticas de 1931 señalaron un 40 por ciento de analfabetismo en Sicilia, un 46 por ciento en Lucania y un 48 por ciento en Calabria. Este problema quedó sumido en el silencio durante la era fascista, hasta parecer que se le había olvidado por completo. Luego, con la guerra, la destrucción de caminos y de edificios escolares, la dispersión de las familias y la pobreza y la confusión generales, el problema resultó más difícil de resolver que nunca.

Este complejo fenómeno constituido por el analfabetismo en gran escala está estrechamente unido en el Sur de Italia a las condiciones sociales y económicas de la vida que allí se hace. En términos generales podemos decir que el analfabetismo nace de la pobreza y, a su vez, engendra mayor pobreza aún; y que surge cuando falta la democracia, cuya ausencia tiende a perpetuar. Pero si bien una de sus causas es estrictamente económica, la otra tiene repercusiones sociales, políticas y espirituales concomitantes con la estructura del estado y su forma de cultura. Las dos causas están relacionadas entre sí, y son interdependientes. Por esta razón no puede llegarse a una solución parcial del problema.

Es fácil para cualquiera ver la relación que existe entre el analfabetismo y la pobreza. Un mapa ilustrativo de la forma en que aquél se distribuye sobre la tierra demostraría que va siempre



Rogiano Gravina, aldea de Calabria, es una de las más activas en la lucha que el Sur de Italia sostiene contra el analfabetismo.

de la mano de la malaria, las tierras estériles, las malas condiciones sanitarias y la falta de industrias, comunicaciones y obras públicas. Las familias miserablemente pobres no tienen otro remedio que poner a trabajar a sus hijos en edad temprana. A los muchachos los envían a cuidar las cabras que pastan en la desolada tierra de arcilla, y las niñas quedan en casa cocinando, lavando, cuidando a los más pequeños, tejiendo canastos y acarreando jarras de agua desde los pozos, que a menudo están lejos de la casa. En la mayor parte de los casos la escuela también queda lejos, y como además no hay dinero suficiente para comprar libros y cuadernos, y los niños están enfermos con frecuencia, el resultado es que fatalmente se quedan en casa. Las poblaciones y las aldeas son tan pobres como

las familias que las habitan, y el gobierno central está muy distante de todas ellas. Faltan escuelas, como faltan también a menudo buenos caminos, sistemas de desagüe, y calefacción y alumbrado. Cuando los vientos del invierno empiezan a lanzar la nieve desde lo alto de las montañas, la gente queda aislada.

En estas condiciones, es fácil darse cuenta de las dificultades que aquellas gentes han de experimentar para aprender a leer y escribir. Y al analfabetismo de los niños debemos añadir el de los adultos que en una época recibieron cierto instrucción escolar pero que, por falta de práctica, han olvidado todo lo que sabían. La dura vida que deben llevar los campesinos no deja mucho tiempo libre para ese milagro de la comunicación que es la palabra escrita. A la vista está que la razón de que la pobreza y el analfabetismo constituyan un círculo vicioso. El campesino analfabeto que hace esfuerzos por mejorar su suerte tiene que luchar contra toda clase de obstáculos, condenado a quedar atado a la tierra, sin posibilidad de emigrar o mejorar su condición social. Y así transmite a otros el estado de servidumbre en que ha nacido.

Aparte de estas causas de analfabetismo hay a mi entender una serie de razones subyacentes en el fondo del problema, razones fundamentales que, de modo paradójico, hacen que el campesino considere su propia ignorancia como un bien. Ciertamente vive en un mundo inmóvil y situado fuera de la marcha del tiempo, limitado por ritos y costumbres antiguas y por las obligaciones que le marcan los cambios de estación; pero así y todo, ese mundo es un mundo rico en valores humanos, y tiene una cultura que le es peculiar. El modo de vivir de ese campesino es radicalmente diferente del que tenemos en nuestra modernización urbana; y el arte campesino, y la filosofía campesina que lo informan, han sido transmitidos, sin necesidad de la palabra escrita, de una generación a otra; rica herencia de leyendas, cuentos regionales, canciones y dramas populares que han inspirado o enriquecido, en una forma u otra, nuestras estilizadas formas de arte.

El campesino, que vive solo en su tierra, se contenta con esta tradición artística y filosófica y esta poesía en que la sabiduría popular se encierra en versos ripiosos, como de romance de ciego. El viajero dado a la observación no puede menos de sorprenderse ante la frecuencia

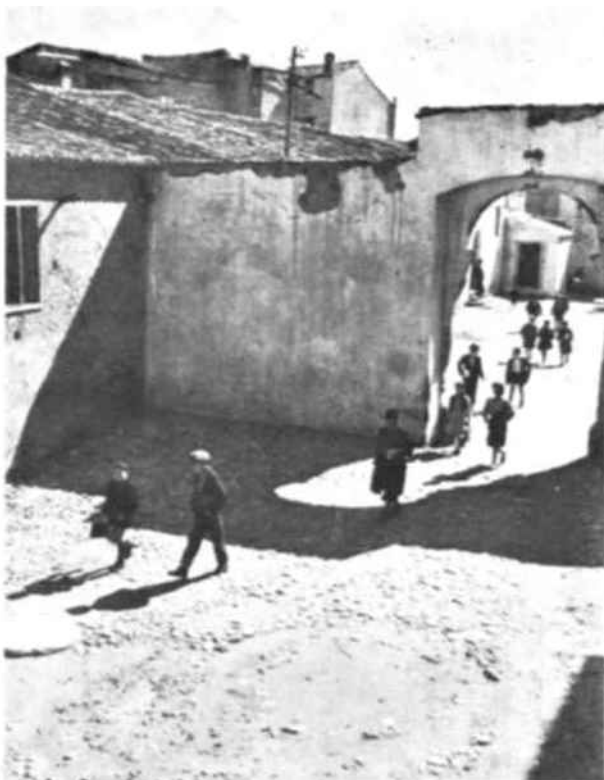


Interior típico del hogar de un campesino calabrés consistente de una sola habitación.

(Sigue en las pág. 4 y 5)



Para llegar a los locales donde se da clase en el sur de Italia, tanto los niños como los adultos andan a pie kilómetros y kilómetros desde las granjas vecinas. Por este camino, bloqueado por la nieve parte del año, se va a la aldea de Saucchi en Calabria.



Entrada al Centro Cultural del Pueblo en Rogiano Gravina. Durante el día asisten aquí a clase los niños, y los adultos hacen lo propio por la noche. En la región funcionan ya 28 centros similares, todos los cuales despliegan considerable actividad.



Una escuela primaria en San Nicola da Crissa, Calabria. Hasta hace poco tiempo la instrucción terminaba con el quinto año, pero ahora se ha extendido. Las bibliotecas y los « clubs » juveniles atraen día a día grandes contingentes de alumnos.

He aquí el taller de Rogiano Gravina en el Centro Cultural de ésta. Los alumnos preparan mapas para las escuelas de los alrededores. El Centro ha organizado veladas culturales, bandas de música y funciones de teatro por aficionados.

Antonio Janni, un maestro de Saucchi, vive a 16 kilómetros del lugar, en Bagaladi. Va a la escuela en su « scooter » recorriendo tortuosos caminos, pero terminada la clase, todavía queda allí, para enseñar a los adultos a leer y escribir.



El dialecto como barrera social ★

(Viene de la pág. 3)

con que los campesinos hablan en verso y hacen uso, en su dialecto, de imágenes infinitamente poéticas que no soñaría nunca en emplear, no ya el habitante corriente de las ciudades, sino el escritor profesional.

Para esos campesinos la palabra escrita ha pasado a ser un símbolo de la distancia a que el Gobierno central se halla de ellos, y de un lazo de orden feudal que nunca ha llegado a convertirse del todo en un derecho a gozar de sus prerrogativas de ciudadanos. En pocas palabras, la palabra escrita viene a ser para ellos la expresión de una civilización hostil, a la que oponen su propia hostilidad. Y los campesinos reaccionan defendiendo su propia ignorancia, como si con ello pudieran proteger de la corrupción los viejos valores y escudarse ellos mismos de un mundo tumultuoso.

Finalmente, hay dos factores circunstanciales que hacen sentir a los campesinos que una educación libresa es superflua. En primer lugar, está la falta casi total de publicaciones en que se refleje la vida que ellos viven, y el trabajo que hacen, visto desde su propio punto de vista. Y en segundo lugar, hay que tener en cuenta la existencia de dialectos muy diversos en toda la península, y el hecho de que los campesinos piensan que el italiano — el italiano puro — es un idioma para la literatura y para la redacción de documentos públicos. La supervivencia misma de todos esos dialectos es una forma más de la separación que los mismos campesinos se han impuesto con respecto al resto del país.

De todo lo dicho se desprende que el problema del analfabetismo es especialmente complejo en Italia. No basta con destinar determinadas sumas para combatirlo, ni siquiera con dedicarse a elevar el nivel de vida de la población. Hay que hacer que los campesinos se den cuenta de lo que el Gobierno trata de hacer y secunden el esfuerzo, para que así no sigan considerándose apartados del resto de la nación y sientan, por el contrario, que son parte integrante de ella. La batalla contra el analfabetismo es uno de los medios principales de que pueda hacer uso el Gobierno para democratizar al país.

En todos los períodos de progreso político y económico los campesinos sienten la necesidad de ampliar sus conocimientos y abandonan espontáneamente su postura de resistencia y hostilidad. En momentos así consideran que su ignorancia es un obstáculo en el camino hacia la libertad, que sienten que tienen al alcance de la mano.

Al abrírselos de par en par el acceso a los partidos políticos y los sindicatos obreros y dárseles la oportunidad de mejorar su situación y transformarse en ciudadanos cabales de la nación, los campesinos del sur han dado muestras en los últimos años de su vivo deseo de adquirir cierta educación. Hay que aprovecharse de ese estado de ánimo; hay que no dejarlos volver a hundirse en su desesperanza y resignación de antes. Todo esfuerzo que se haga para satisfacer sus necesidades es un tanto que se marca en favor de una democracia fuerte y duradera. Si se les da oportunidad de mejorar su vida, los campesinos del sur de Italia no recurrirán a remedios políticos desesperados o actos anár-

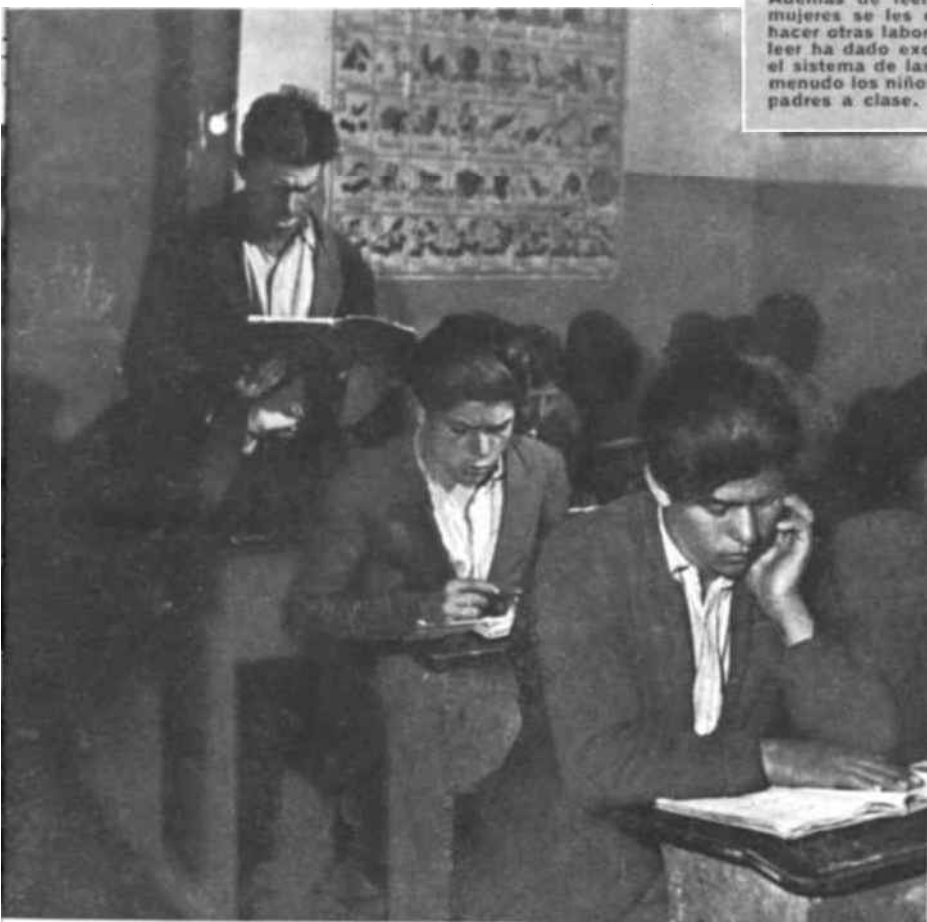
Al finalizar la guerra pasada, el Gobierno de Italia emprendió una campaña extensiva contra el analfabetismo en el sur del país. Desde 1947, en que se aprobó una ley especial al respecto, el Ministerio de Educación Pública ha inaugurado 11.000 cursos públicos, a los cuales han asistido unos 300.000 alumnos entre adultos y adolescentes. Esta acción gubernamental tuvo paralelos en la creación de una serie de instituciones privadas, entre las que se destaca la Liga Nacional para la Lucha contra el Analfabetismo. Esta Liga comenzó sus actividades en 1948, abriendo de seguido numerosas escuelas para analfabetos y semianalfabetos. En 1949 cobró forma la institución más original concebida por la Liga: el Centro Cultural Popular. Hoy en día hay 28 centros de este tipo dispersados por las diversas regiones de Calabria, Lucania y Cerdeña. Cada uno de estos centros tiene una estructura y un carácter individualísimos. El director de cada centro es un maestro, designado por la Liga, que invita a todas las

quicos de violencia y saqueo. El bandolerismo del siglo pasado tenía causas idénticas a las del analfabetismo de entonces y ahora.

La acción gubernamental es necesaria, pero no suficiente, ya que no podría por sí sola disipar por completo la persistente desconfianza del campesino. Sólo se puede obtener resultados duraderos si el espontáneo deseo de aprender que éste demuestra se ve satisfecho por medio de los recursos adecuados. Una de las dificultades mayores consiste en preparar un cuerpo de maestros que, además de su preparación normalista, sepan darse cuenta de la importancia social de su actuación y conozcan bien las costumbres, necesidades e intereses de sus alumnos. Hay necesidad urgente de libros de texto capaces de interesar al campesino adulto, lleno de la sabiduría contenida en las máximas y las consejas, y por consiguiente muy por encima de la mentalidad del niño; y de diarios, revistas, libros, calendarios y folletos adaptados al mundo en que



Después de un día de trabajo duro en el campo, los hombres y las mujeres de Rogiano Gravina asisten a clases nocturnas. El analfabetismo es más común entre las mujeres que entre los hombres. Además de leer y escribir, a las mujeres se les enseña a bordar y hacer otras labores manuales. Para leer ha dado excelentes resultados el sistema de las letras móviles. A menudo los niños acompañan a sus padres a clase.



personalidades competentes de la comunidad — el ingeniero agrónomo, el doctor, el mecánico, el veterinario, el cura párroco — a contestar a las preguntas formuladas por los estudiantes.

La labor de la Liga ha despertado gran interés fuera de Italia, obteniéndose para ella el apoyo moral y financiero de numerosas organizaciones nacionales e internacionales. Recientemente la Unesco decidió incluir a esa Institución entre las que constituyen sus « proyectos asociados de educación fundamental », debiendo proporcionarles información que la ayude en su labor. Recíprocamente, la Liga informará a la Unesco regularmente de sus progresos y realizaciones. Un experto internacional de la Unesco se encuentra actualmente en Calabria, donde ayuda a los maestros a organizar métodos específicos de tratar las preguntas de los estudiantes y dirigir las discusiones de clase.

La instrucción golpea en cada puerta

les dió un carácter más definido y práctico.

En Mayo de 1947 un grupo de jóvenes trabajadores sociales de Lucania llevó a cabo una investigación con objeto de trazar el cuadro completo de lo que se debía hacer. Como hemos visto, no había estadísticas sobre analfabetismo que estuvieran al día, y de las de veinte años atrás no se podía fiar nadie para ningún estudio serio. La investigación demostró que el problema pedía urgente solución. En toda Lucania no había nada más que treinta y seis escuelas: 28 en las 121 poblaciones de la provincia de Potenza y 8 en las 28 de la provincia de Matera. En otras localidades se daba clase en casas particulares, amenudo en sótanos, buhardillas o hasta en galpones.

Cuando las estadísticas obtenidas según estas informaciones se compararon con las cifras del ejército, se descubrió que el analfabetismo era mayor entre los adultos nacidos en 1926 que entre los nacidos entre 1915 y 1920. Las mismas estadísticas demostraron hasta qué punto los adultos que aprendieron a leer en cierta época habían vuelto a caer en el analfabetismo. Para determinar las verdaderas causas de la inasistencia a la escuela primaria se hizo uso de un cuestionario, mientras por otra parte se realizaba un estudio de las condiciones de vida en la localidad.

El primer paso que debía darse luego era crear un organismo por medio del cual los campesinos pudieran expresar su ambición de aprender, y así nacieron en las aldeas los «comités locales para combatir el analfabetismo». Se llegó a crear tantos de estos comités que el 24 y el 25 de Enero de 1948 sus secretarios se reunieron en Matera y convinie-

ron en trabajar de estrecho acuerdo con los alcaldes y maestros de sus respectivas aldeas. En las plazas públicas hubo mítines, camiones con altoparlantes pasearon el mensaje por las calles y muchas gentes de buena voluntad y dotes de persuasión realizaron una campaña personal, puerta por puerta. La propaganda que realizaban era sincera; no se trataba de desconocidos, sino de gentes del lugar, que comprendían bien a los campesinos con los que estaban tratando.

En sólo quince días se habían formado por toda Lucania numerosos grupos para educación de adultos. Las sedes en que se alojaban, aquí y allá, no podían ser más variadas y pintorescas. Las solicitudes de inscripción fueron tantas que los cursos se vieron en peligro. Donde se anunciaron tres clases, hubo que dar cinco al día siguiente y diez al otro día, hasta que no hubo dónde darlas ya.

En Muro Lucano un «carabiniere» tuvo que mantener el orden entre los postulantes rechazados; y en Tricarico otros igualmente rechazados se sentaron en silencio fuera del aula improvisada, mientras que sus vecinos, más afortunados, escuchaban la lección. La aldea de Bernalda, sujeta a frecuentes cortes de corriente eléctrica, resolvió que bien podían quedar a oscuras las casas particulares mientras hubiera luz para las clases nocturnas que se dieran en la escuela. Los aldeanos mismos tendieron los cables e hicieron la instalación eléctrica. Y la luz de la escuela brilla actualmente en lo alto de la montaña, donde está suspendida la aldea.

(Este artículo es «copyright» y no puede ser reproducido sin autorización.)

viven los campesinos. Ninguna dependencia del Gobierno sería capaz de calcular con la sutileza requerida los recursos necesarios para esta lucha, pero por otra parte los recursos que se necesitan son excesivos para que la iniciativa privada pueda suministrarlos por sí sola.

Inmediatamente después de la guerra, las circunstancias se mostraron propicias para hacer algo en este sentido. Inspirado por los fermentos del sentir popular, un grupo de jóvenes de Calabria y Lucania, idealistas, más aún, algo románticos, se mostraron dispuestos a iniciar un movimiento en gran escala de enseñanza individual, de persona a persona, parecido al que se llevara a cabo en México con tanto éxito. Muy pronto los esfuerzos realizados por este grupo se vieron unidos a los de la «Liga Nacional por la Batalla contra el Analfabetismo», organización de voluntarias con sede en Roma. La falta de fondos limitó en cierto modo los esfuerzos de este grupo, aunque al mismo tiempo

Bonn celebra la incorporación de Alemania a la Unesco

Discurso pronunciado por el Sr. Th. Heuss,

Presidente de la República Federal de Alemania

LA libre decisión adoptada por la Unesco de recibir a Alemania entre sus Miembros es síntoma de una preocupación por la universalidad de las actividades y recursos de ésta de la que — permítaseme decirlo — la Organización no puede más que beneficiarse, tanto en el plan material como en el espiritual.

La tarea esencial a emprenderse es la de formular el inventario de lo que existe, en toda su diversidad y en todas sus manifestaciones históricas. La Unesco (hace falta decirlo para destruir los rumores tontos que circulan aquí y allá) no tiene en absoluto la ambición de cubrir a todos los espíritus con una capa de pintura uniforme, o la de hacer girar a todos los pueblos por una pista de baile cuidadosamente nivelada; la tarea que le incumbe es la de abrir los ojos y los espíritus, a fin de que cada cual pueda abordar a los demás con simpatía y comprensión, en vez de tratarlos como extraños. Los que recorren el mundo nada más que para convencerse de que *en su país todo es mejor* podrían muy bien ahorrarse el viaje. Pero los que encuentran que *todo es mejor en el extranjero* podrían muy bien no ser otra cosa que filisteos que ignoran su propia chatura y cerrazón. En el espíritu que informa la labor de la Unesco, una curiosidad abierta y agradecida con respecto a la vida es indispensable para triunfar de esa actitud fácil de negación presuntuosa ante el modo de ser y de pensar de los pueblos extranjeros.

En las publicaciones de la Unesco se ve reaparecer constantemente la palabra «tolerancia». El término es feliz, siempre que exprese, no una aceptación pasiva e indulgente del modo de ser de los demás, sino un respeto positivo por ese modo de ser. Sólo en ese contexto cobran color y vida las frases abstractas de la Declaración de los *Derechos del Hombre*, documento que aspira a tener un valor y una autoridad universales. Las tradiciones religiosas y filosóficas, así como la experiencia política y social privativas de la historia espiritual de la humanidad, encuentran en la Declaración un denominador común. Pero para que ésta sea algo más que el comentario de determinada coyuntura histórica, es necesario que se le reconozca una *norma universal*, y una *obligación universal*. No se trata de formular ideologías nuevas, sino de crear un *nuevo estado de cosas*.

En cuanto se refiere a la importante cuestión planteada por la presentación de los hechos históricos, cabe reconocer que ésta toca de más cerca a la política. En el plano na-

Una ceremonia imponente señaló hace varias semanas en la sala del Parlamento de Bonn la adhesión de la República Federal de Alemania a la Unesco y la inauguración oficial de los trabajos de la Comisión Nacional alemana. Invitado especialmente por el Gobierno federal, el Director General de la Unesco tuvo ocasión de entrar oficialmente en contacto con las más altas autoridades del país, y especialmente con el Presidente Heuss y el Canciller Adenauer. En el curso de su viaje el señor Torres Bodet participó también de los trabajos de la Comisión Nacional alemana, reunida bajo la presidencia del Profesor W. Erbe, y pudo entrevistarse con el Director del Instituto Internacional de Ciencias Sociales, recientemente creado bajo los auspicios de la Unesco. Estuvo también en la casa de Beethoven en Bonn y la casa de Goethe en Frankfurt, hogares simbólicos de la cultura alemana. Más abajo ofrecemos algunos extractos de los discursos pronunciados en la ceremonia de adhesión de la República Federal de Alemania a la Unesco por el Presidente Heuss y el señor Torres Bodet.

cional, la discusión a este respecto sigue estando abierta, y debe estarlo siempre. Nosotros, que hemos conocido el nacional-socialismo, sabemos demasiado bien hasta qué punto la censura oficial puede mutilar el pasado. Los alemanes — no sólo los historiadores, sino el pueblo en general — deben seguir entregándose a la controversia sobre Federico y sobre Bismarck, en la misma forma que los franceses deben seguir discutiendo a Napoleón I y Napoleón III. Pero en esos dominios se ha producido recientemente un acontecimiento que me parece singularmente importante (ignoro si se trata de una iniciativa de la Unesco; en cualquier caso, la idea se acuerda perfectamente con el espíritu de esta Organización). Varios profesores de historia, alemanes y franceses, se han reunido hace quince días en Maguncia para hablar de los acontecimientos, tensiones, problemas y diferencias de los cuarenta o cincuenta últimos años. Así, gracias a un esfuerzo sincero en el sentido de establecer la verdad, han podido esos profesores elaborar tesis *comunes* por lo que respecta al juicio que han de merecer en la enseñanza de la historia figuras como Poincaré y episodios como los del Anchluss... Se ha invitado a los profesores de historia, tanto de Francia como de Alemania, a ajustarse a esas tesis y renunciar a los «clichés» tradicionales. Aunque aparentemente insignificante, este acontecimiento me parece capital, ya que demuestra de una manera ejemplar cómo pueden eliminarse, en la exposición del hecho histórico, las deformaciones de la propaganda y los arrastres de los falsos conceptos inspirados por una actualidad que ha quedado muy atrás.

★

Discurso pronunciado

por el señor Director General de la UNESCO,

don Jaime TORRES BODET

AL ingresar en la Unesco, la República Federal de Alemania ha adquirido, por ese simple hecho, cierto número de privilegios

que son al mismo tiempo, indisolublemente, otros tantos deberes. Entre otras cosas, se ha comprometido a contribuir, en la medida de sus fuerzas y dentro de sus características, al bienestar común de la humanidad. Los talentos de vuestro pueblo y la contribución que puede aportar vuestra cultura, atestiguados en el curso de tantos siglos, se dedicarán una vez más a servir los intereses superiores de nuestros semejantes.

Entrar en la Unesco significa, para cada nación, proceder a un inventario de sus recursos, una especie de examen de conciencia. Significa también preguntarse qué puede extraer de los recursos de su propio genio para ponerlo a disposición de sí misma y de las demás naciones del mundo. Por último, significa que está dispuesta a combatir la tentación siempre nefasta — a veces insidiosa y a veces insolente — de tratar a los demás despectivamente o hacer de ellos el medio de alcanzar una grandeza quizá embriagadora, pero que por estar fundada en la humillación ajena no puede ser sino despreciable.

Ninguna cultura verdadera es enemiga de las demás. Cuanto más grande se siente una cultura, más llamada debe sentirse a vivificar a las otras por medio de sus propios aportes, y tanto más capaz se considera de asimilar lo que esas otras culturas puedan ofrecerle. Una gran cultura no es nunca celosa, ni tampoco timorata. Una gran cultura no teme dar ni recibir. No teme, por ejemplo, que la eclipse ninguna cultura extranjera, ni piensa tampoco que ésta pueda corromperla. No es exclusiva, sino que, por el contrario, se siente siempre generosa. Una palabra — y una cosa — rechaza esa cultura completamente: la autarquía, pretensión de suficiencia que los acontecimientos se encargan rápidamente de poner de manifiesto como la insuficiencia que en realidad es. La historia nos enseña de una manera bien elocuente que todas las grandes culturas nacen en las encrucijadas en que se encuentran las civilizaciones, en medio de préstamos e intercambios, interferencias materiales y espirituales que tienen lugar cuando el tráfico de ideas y de cosas llega a un punto culminante.

Por esa razón la Unesco lucha simultáneamente por el bien de todas las culturas, estimulándolas a que se conozcan mutuamente y a que compitan con toda libertad. Estamos convencidos de que ese conocimiento y esa competencia no harán más que enriquecerlas y fecundarlas a todas. No se impone una cultura por la fuerza de las armas ni por el poder del oro; se impone por sus propios méritos, entre las cuales figura, en primera línea, la simpatía que sepa manifestar por las demás y que éstas no pueden sino devolverle, ya que la simpatía engendra la simpatía con la misma fuerza con que la desconfianza engendra la sospecha.

Las Comisiones Nacionales de la Unesco tienen por ello el deber primordial, dentro del territorio de cada Estado Miembro, de fomentar y estimular todas las medidas susceptibles de hacer que cada ciudadano contemple la vida que se desarrolla más allá de sus fronteras animado de confianza y buena voluntad.

Vine ya a esta ciudad de Bonn como peregrino anónimo hace veinte años, deseoso de rendir un ferviente tributo al músico sordo al que debemos algunas de las sinfonías más conmovedoras que haya sido dado escuchar jamás al hombre. En esa ocasión visité la casa en que naciera Beethoven. La extremada sencillez de aquella morada se avenía bien, sin duda alguna, al recuerdo del que naciera, un día de Diciembre, en un hogar pobre. Ningún visitante puede olvidar la larga tragedia de la vida que comenzó entre aquellas paredes. Aún así, yo no estaba preparado para enfrentarme a la patética humildad del cuarto en que trabajaba el maestro. Pero cerca del busto de éste había una ventanuca, por la que entró en la habitación, repentinamente, un rayo de sol, que formó alrededor de la cabeza de Beethoven como una aureola. La claridad radiante que transformó de pronto aquella habitación, llena de melancólicos tesoros, reveló bruscamente su grandeza secreta.

Desde hace algunos años el recuerdo de aquel momento me ha vuelto a la memoria cada vez que pensaba en Alemania, convirtiéndose en una especie de símbolo. Después de una guerra terrible, la patria alemana, deshecha y sangrante, no ofrecía quizá otro espectáculo que el de la miseria y el aislamiento. Sus heridas no se han cerrado todavía; aún sufre divisiones y contradicciones innumerables. Pero las dificultades por que pase no impedirán nunca a ninguna nación del mundo tenderse con todas sus fuerzas hacia esa fuente única de esperanza y de paz que es la colaboración internacional, la confianza mutua de los hombres que buscan por todas partes la libertad y la justicia.



LA CASA DE BEETHOVEN

« Alrededor del busto del maestro — dijo en su discurso el señor Torres Bodet — se habían dispuesto algunas reliquias; sus instrumentos, sus manuscritos y también sus aparatos acústicos. Todas aquellas cosas constituían un testimonio más elocuente del abandono y los sufrimientos que hubo en aquel destino, a la vez sobrehumano y desgraciado, que de la gloria con que la posteridad había de cubrirlo. »





Emocionante acercamiento de dos mundos: S. T. Dajani (a la derecha), delegado del Jordán a una de las conferencias sobre el Braille organizadas por la Unesco, y el guía que lo acompañaba por París.

LA EMANCIPACION DE LOS CIEGOS POR EL ESPIRITU

UN ciego no es solamente un hombre privado de la vista, con todo lo que esto comporta como disminución vital, como restricción para la labor de investigación y el desarrollo de la acción; socialmente, un ciego es un ser lleno de limitaciones. La idea que antaño se tenía de la ceguera obedecía en gran parte a un sentimiento de temor y parecía rodeada de misterio. Semejante concepto influía, como es lógico, en el trato reservado a los ciegos.

Así, en las sociedades primitivas, se considera al ciego como una especie de poseído, y si a veces se le permite alguna independencia, ello no se debe sino al temor de disgustar al espíritu que le posee. La ley de Manu autoriza el infanticidio de las criaturas que nacen ciegas y reduce al estado de parias a quienes padecen más tarde de ceguera. Incluso en Roma, la opinión pública, que influyó tanto para que los terribles derechos del *pater familias* tuvieran ciertas limitaciones, no se preocupó de reprobar el abandono de los niños incapacitados. Para los judíos del Viejo Testamento, la ceguera era una impureza:

« Ciego, o perniquebrado, o mutilado, o verrugoso, o sarnoso, o roñoso, no ofreceréis éstos a Jehová, ni de ellos pondréis ofrenda encendida sobre el altar de Jehová. » (Levítico, 22, XXII.)

Y si en pleno siglo XVII se cegaba en la Corte de Persia a los príncipes cuyos derechos al trono queríase descartar, era sin duda con la intención, no de castigarlos, sino de estigmatizarlos.

Los Evangelios, al convertir a los ciegos —como, por otra parte, los sordomudos y muertos— en objetos de milagro, en el instrumento elegido para demostrar el poderío de Dios, los rehabilitaban como seres humanos. La Edad Media cristiana y el mundo islámico nos los presentan como men-

por Pierre HENRI

Profesor en el Instituto Nacional de Jóvenes Ciegos de París.

digos privilegiados, como nuestros intercesores cerca de Dios, a quienes no se exige sino que sepan rezar las oraciones cristianas o recitar correctamente las suras corámicas. Pero su condición social sigue siendo precaria y degradante.

En nuestra sociedad moderna, tras doscientos cincuenta años de esfuerzos ininterrumpidos en pro de la comprensión psicológica —cuyo origen podemos distinguir en la famosa pregunta hecha por Molyneux a Locke sobre si un ciego de nacimiento a quien se devolviera la vista podría distinguir un cubo de una esfera— y tras 170 años de educación sistemática de los ciegos, no cabe duda de que se ha producido una notable evolución. No obstante, la idea de la ceguera continúa asociada a ciertas representaciones que no tienen origen en la experiencia externa, es decir, en la observación, sino que, por el contrario, constituyen la proyección en esos últimos de algunos elementos subjetivos de orden afectivo. Sin la intervención de la vista, todo conocimiento y toda acción sobre el mundo exterior parecen imposibles para los que ven. Cuando éstos cierran los ojos para tratar de comprender lo que pueda sentir y pensar un ciego en su espíritu, vacío de toda impresión visual, se llenan de los terrores que sentía el hombre primitivo en medio de las tinieblas. El que ve teme demasiado la ceguera para poder comprenderla. He ahí el principal obstáculo para la asimilación espontánea de esa célula normal del organismo social constituida por el ciego.

De estas pocas reflexiones puede desprenderse

que la emancipación del ciego ha estado y estará siempre en función de la evolución que experimenten los conceptos del hombre que ve. Mientras éste no llegue a librar su espíritu del elemento emocional y subjetivo que constituye lo esencial en su representación de la ceguera, los esfuerzos que haga para librar al ciego de su mal seguirán siendo estériles.

★

Pero digan lo que quieran quienes han chocado dolorosamente contra lo que califican no sin cierta amargura de, «prejuicios sociales», éstos no representan, sin embargo, la única cadena que los ciegos tienen que romper. La ceguera ¿constituye una realidad? Sensorialmente, disminuye el espacio de una manera considerable y restringe el dominio del sujeto sobre los objetos que pueblan dicho espacio. La función biológica de la vista no es otra que la de anticipar o prevenir el contacto. La naturaleza, tanto inanimada como animada, es hostil a quien no puede alcanzarla a distancia, y nadie podría afirmar que una humanidad ciega pudiese sobrevivir a los peligros que la amenazasen. El mundo humano —y por mundo humano entendemos cuanto ha creado el hombre para su uso, su casa, sus medios de comunicación, sus utensilios, sus libros— ha sido organizado por los hombres que ven para los hombres con vista. La vida de un ciego está gravada por lo tanto de una gran hipoteca: ¿cómo podrá pues levantar ésta sin utilizar y cultivar al máximo las facultades que le quedan intactas y disponibles?

Nos referimos a la educación de los sentidos que conserva el ciego, principalmente el oído y el tacto. Hoy en día se sabe que la educación de los sentidos

(Sigue en la pág. 8)

Los ciegos han creado su propio material didáctico

(Viene de la pág. 7.)

no es, en definitiva, sino la educación por medio de los sentidos, y que todo elemento supletorio, allí donde se revela necesario, es esencialmente de orden intelectual. Así, por ejemplo, corresponde al espíritu llevar a cabo la síntesis de los datos fragmentarios sucesivos recogidos analíticamente por el tacto, a fin de suministrar imágenes especiales que, si bien carecen de la espontaneidad, la riqueza y el potencial afectivo de las representaciones visuales, bastan, sin embargo, para satisfacer las necesidades prácticas de los ciegos. No podemos determinar si existen o no tales imágenes en el cerebro del ciego de nacimiento: Diógenes demostraba el movimiento andando; los ciegos de nacimiento van, vienen, actúan, resuelven problemas de geometría. Esto nos demuestra que su espíritu no carece de representaciones de naturaleza especial, y tampoco puede ponerse en duda que el número, calidad y valor utilitario de esos objetos mentales depende de una educación apropiada. Sin esa formación, el joven ciego no podría librarse de su desventaja. Desde el punto de vista de la liberación del ciego por medio de la cultura, es éste un hecho que hemos de tener en cuenta y sobre el cual insistiremos.

★

Antes, hemos de considerar otro aspecto del problema. Si bien, en relación al universo sensible, el ciego está inferiormente dotado; si para abordar ese universo precisa forjar previamente sus armas, a su vez el mundo de los conceptos y de las relaciones lógicas, cuyo vehículo es el lenguaje, le es accesible desde un principio, y en ese particular, su superioridad sobre el sordomudo es harto evidente. De esta manera son muchos los ciegos que a través de la historia han maravillado a sus coetáneos por la extensión y profundidad de su cultura. Aún exceptuando aquellos personajes cuya ceguera es de orden mítico, legendario, simbólico o dudoso, (Calcas, Tiresias, Edipo, Demócrito, Homero, Ossian, Belisario), aquéllos sobre los que apenas si tenemos datos (Eusebio el Asiático, por ejemplo), sería muy larga la lista de los ciegos famosos. Un erudito árabe del siglo XIV, Safadi, se tomó el trabajo de escribir las biografías de 307 musulmanes ciegos e ilustres: poetas, filósofos, lexicógrafos, matemáticos, arquitectos, etc. Durante varios siglos existió en el Japón un cuerpo de sabios ciegos que tenía sus academias y sus exámenes de admisión y cuya labor consistía, sobre todo, en transmitir la tradición histórica verificándola, mientras que otros ciegos poseían una especie de monopolio del masaje y la acupuntura. En las civilizaciones donde la cultura mnemónica es de carácter formal y donde la enseñanza, tanto la que se recibe como la que se imparte, es casi toda oral, el ciego que posea una excelente memoria se

encuentra casi en pie de igualdad con el hombre normal. Todavía recientemente un millar de estudiantes ciegos frecuentaban en Egipto la Universidad religiosa de El-Azhar, preparándose para enseñar y comentar el Corán. Taha Hussein pachá, quien, no obstante su ceguera, desempeñaba hasta hace poco la cartera de Instrucción Pública —tras de haber sido rector de la Universidad Farouk I— comenzó por este camino, del que, por otra parte, no se desvió hasta encontrar el cartesianismo en Francia, cuando estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras de Montpellier, convirtiéndose, gracias a la aplicación de los principios de éste, en uno de los reformadores de la enseñanza en su país.

que se contaron entre los poquísimos ciegos de nacimiento que por permiso especial pudieron recibir las órdenes religiosas. A estos personajes, que se destacaron en el terreno de la filosofía, la teología y la literatura, podemos agregar algunos poetas, como Francisco Bello, Rafael y Aureli Brandolini, notables poetas italianos, y, durante el siglo XVIII, el escocés Blacklock, ejemplo éste de los peligros verbalistas a los que expone la ceguera cuando ésta se produce en un espíritu abstracto y de información exclusivamente auditiva.

En el siglo XVIII, precisamente, los ciegos que han causado asombro a la humanidad se multiplican: Elizabeth de Waldkrich en Suiza, Mélanie de Salignac en Francia, Marie-Thérèse von Paradies en Austria, y en Inglaterra, sobre todo, Nicholas Saunderson. Desde que Diderot, en su famosa «Carta sobre los ciegos», llamara la atención sobre aquél, la gente pudo enterarse de los méritos de ese hombre extraordinario. Atacado de ceguera a los 11 meses de edad, Saunderson cursó sus humanidades con tanto éxito que más tarde deseando beber en las fuentes originales del conocimiento matemático leyó a Euclides, Arquímedes y Diofante en el texto original griego, mientras frecuentaba a Virgilio, Horacio y Cicerón en el original latino. El conocimiento que Saunderson tenía de francés le permitió asimismo aplicarse a la lectura directa de los matemáticos y filósofos que se expresaron en este idioma. Habiendo asimilado sin dificultad las teorías de Newton Saunderson las enseñó en Cambridge de 1711 a 1739. Newton, cuya cátedra llegó a ocupar, lo tenía en grande estima; los estudiantes se asombraban de la justeza de sus explicaciones sobre el arco iris, la naturaleza de los colores, la reflexión y refracción y la visión, en suma. Este estudioso incansable había imaginado un aparato



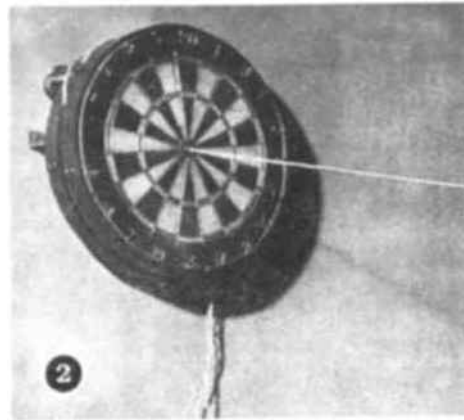
En vez de ser una carga para sus parientes, los ciegos están hoy en día capacitados para actuar como elementos útiles a la sociedad.

Pero sus métodos personales de trabajo han conservado la huella de su primera formación. Gran mnemónico, por el simple expediente de hacer que le lean y dictar él no ha experimentado nunca la necesidad de practicar la escritura Braille, lo que es tanto más extraordinario cuanto que tiene ya en su haber una obra considerable: 20 volúmenes de críticas y ensayos, media docena de novelas, traducciones al árabe de Sófocles y Racine, y ese apasionante «Libro de los Días», su autobiografía, que constituye no sólo una especie de sátira sobre la formación impartida en El-Azhar, hace medio siglo, sino también un inapreciable documento sobre la psicología de los ciegos.

La civilización grecolatina y el cristianismo medieval no presentan un ejemplo semejante de acceso general a la cultura por parte de los ciegos. Retengamos, sin embargo, algunos nombres de ese período: Dídimo de Alejandría (siglo IV), maestro de San Jerónimo, Rufino, Paladio e Isidoro; Fernando de Brujas (siglo XV); Pontanus (siglo XVI); Nicasio de Malinas (siglo XV), y Malaval (siglo XVII),

que le permitía aliviar la memoria —una memoria por cierto notable— en el curso de los complicados cálculos y demostraciones a los que se entregaba.

El hecho de que todos los ciegos de esta época hayan experimentado la necesidad de utilizar, y las más de las veces de crearse ellos mismos un material didáctico (letras recortadas, guía de la mano en la escritura, tarjetas en relieve, figuración de las notas en pentagramas en relieve) es digno de hacerse notar. Uno de estos ciegos, que vivía en Hesse, había llegado a hacerse todo un arsenal ideográfico con pedacitos de madera de tamaño y forma varios. La evolución de los medios de educación fué la causa profunda de los esfuerzos que se intentó realizar a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX para lograr que los ciegos pudieran leer. Si la enseñanza hubiera seguido siendo oral, en su totalidad o en su mayor parte por lo menos, y si la imprenta no hubiera desplazado las fuentes de información llevándolas de la cátedra al libro, Valentin Haüy no hubiera soñado nunca en proveer a sus alumnos de esos nutridos volúmenes en cuarto cuyas páginas estaban recu-



EL CENTRO DE ADIESTRAMIENTO DE ST. DUNSTAN

El famoso centro británico de adiestramiento para ciegos fundado a raíz de la primera guerra mundial sigue un plan cuidadoso de rehabilitación. El recién llegado recibe, en primer lugar, un reloj Braille, pequeño pero no por ello menos vital paso hacia su independencia. Luego «aprende a ser ciego». (1) Un instructor, también ciego, le enseña a leer. (2) Después de aprender a caminar, a lavarse y vestirse, los alumnos aprenden a distraerse (aquí se les ve jugando a los dardos). (3) Luego vienen los aprendizajes especiales: este ciego es, por ejemplo, fisioterapeuta. (4) Su destreza hace a los egresados de St. Dunstan particularmente requeridos como obreros; aquí los hay que verifican partes muy delicadas de una máquina. (5) Y como telefonistas se dice que no tienen igual.



UNA SILLERA : como en tantos oficios que exigen destreza y minuciosa aplicación, los ciegos destacan en el de tejer asientos de paja.

tertas de letras ordinarias sencillamente aumentadas y estampas en relieve, y 40 años, más tarde, Louis Braille hubiera puesto menos ardor en transformar el pobre sistema sonográfico que su precursor Charles Barbier proponía a los ciegos en un alfabeto adaptable a todos los idiomas y todas las formas del conocimiento humano.

En la historia de la rehabilitación de los ciegos, que otros llaman historia de su acceso progresivo al derecho común, el invento del alfabeto marcado por puntos en relieve señala el comienzo de una nueva era, la era de la emancipación intelectual de aquéllos. A partir de este momento, los ciegos jóvenes tienen la posibilidad de aprender las mismas materias académicas que los que ven; aunque con diferente método, siguen los mismos programas y sus estudios se ven coronados por el otorgamiento de los mismos diplomas; mientras que por lo que respecta a los músicos, se editan partituras en signos Braille que les permiten estudiar y transmitir su arte, sea como ejecutantes o como profesores.

La escritura Braille se ha transformado, por consiguiente, en un instrumento indispensable de cultura.

★

Los esfuerzos de orden social que se realizan para arrancar a los ciegos de los países insuficientemente desarrollados de la situación miserable en que viven tienen a veces por consecuencia paradójica ésta: muchos hombres que de haber gozado del sentido de la vista seguirían siendo analfabetos reciben instrucción por el hecho de haber nacido o haber quedado ciegos. Es que se considera la instrucción como condición primerísima de la emancipación de los ciegos. ¿Quiere ello decir que basta con darles instrucción, y que una vez que la han adquirido en cierto grado pueden sentirse liberados de las limitaciones psicológicas y sociales que les impone su ceguera? Creerlo y hacérselo creer a los ciegos sería un error. La asimilación por la sociedad de los que ven de un hombre aquejado de tan terrible dolencia demanda otras cosas que saber y grados universitarios. Podríamos citar ejemplos dolorosos en que la cultura, de fuerza liberadora que debió ser, no ha hecho otra cosa que engendrar «el mal del pensamiento». «Al tener mayor cantidad de ideas,

se multiplicaron sus sufrimientos». Y todo ello porque, por iniciativa propia y empujados por ese demonio de la compensación a que nos referiremos más adelante, o mal aconsejados por la ciega ambición de sus familiares o amigos íntimos, ciertos ciegos se han lanzado a estudios que, profesionalmente, no los llevaban a ninguna parte.

Nuestra civilización no se contenta ya con el «homo sapiens»; reclama asimismo el hombre social y el hombre económico. Si bien la formación puramente académica tiende a desarrollar el primer tipo, hay que reconocer que poco se preocupa de lograr que se produzcan los otros dos. Tratándose de una persona dotada de vista, el hombre social es fruto de la imitación espontánea, a la que debe sus gestos, la expresiva mímica que usa, aún el ambiente en que vive; en pocas palabras, todo lo que lo hace parecido a los demás, dentro de un medio determinado, mientras su personalidad espiritual o intelectual queda intacta; en tanto que el «hombre económico» está en potencia en todas las posibilidades de producción, y de creación directas, o por lo menos en todas las posibilidades de aprendizaje, que la vista permite. Hemos dicho ya que el ciego debe construir hasta el espacio determinado en que sitúa el mundo que lo rodea y poblar ese espacio de cosas, proceso que requiere una enorme paciencia; tiene que aprender además a que su aspecto y gestos sean parecidos a los de los demás; tiene que adquirir todas esas dotes y recursos susceptibles de reducir a un mínimo el considerable margen que en un principio existe entre sus aptitudes naturales y las del que ve; y por si ello fuera poco, debe esforzarse siempre por neutralizar los efectos de una enfermedad que en gran parte de los casos en que se produce afecta y perturba la personalidad afectiva del que la sufre. De esta somera e incompleta enumeración puede deducirse lo que para el ciego significa la palabra «cultura», y cómo el campo que hay que cultivar en él desborda los límites de lo que se ha convenido en llamar facultades del espíritu.

Enseñar a un ciego a leer, a escribir, a contar, a razonar, en suma, e inculcarle lo que no le estaba permitido ignorar de los conocimientos de su época, estaba considerado hace cien años como una conquista enorme. Pero hoy en día resulta bien poco.

He aquí un punto que no podemos tratar aquí con la extensión debida, pero que debe llamar la atención de todos aquellos que se hayan adjudicado o vayan a adjudicarse por inisión la de arrancar a los ciegos de la ignorancia en aquellas regiones del globo —por desgracia demasiado vastas— en que su vida intelectual es cruda o sencillamente confusa y borrosa. Sin embargo, hay que reconocer que, aunque no sea suficiente, la cultura propiamente intelectual constituye de todos modos una condición necesaria. En primer lugar, ya lo hemos dicho, todas las dotes y recursos con que el ciego supla su falta de vista tienen que ser de orden cerebral. Además, donde el hombre dotado de vista comprende y reacciona de una vez y sin esfuerzo, por abrazar en su campo visual todos los materiales de su acción, el ciego tiene que inferir, combinar y calcular. La circulación de un ciego por las calles de una ciudad, las actividades del «bricoleur» o del obrero ciego, o las de la ciega que no sólo atiende en su casa a todas las necesidades de la vida doméstica sino que se cose con sus propias manos un vestido que le cae a las mil maravillas, son otros tantos ejemplos de aplicación de los conocimientos adquiridos, a los que podríamos agregar docenas y docenas. Siempre que el ciego entre en competencia con el que goza de su vista, no puede triunfar sin superarlo netamente en alguna actividad o característica. Así, no puede asombrar a nadie el que haya ciegos con títulos universitarios que ocupan puestos tan modestos como los de telefonistas y estenodactilógrafos.

Que los ciegos hayan encontrado en los valores intelectuales o estéticos el medio de sublimar fuerzas instintivas frustradas en su impulso natural, y que hayan buscado en su aspiración de cultura, bajo todas las formas que les son accesibles y en todos los grados, un principio de compensación, es cosa que no se puede poner en duda. Hemos demostrado que les queda abierto el mundo del espíritu: es natural que se refugien en él aún cuando, para algunos, ello deba implicar un «aumento de voltaje» en sus aptitudes naturales.

(El profesor Henri, también ciego, es el autor de «La Vida de los ciegos» y de «La Vida y obra de Louis Braille».)

VICTORIA SOBRE LA SOMBRA

Seis puntos en relieve han cambiado el destino de siete millones de hombres

HACE cien años muere, desconocido, Louis Braille, uno de los hombres verdaderamente grandes de todos los tiempos. Su sencillo alfabeto de puntos sobresalientes, que permitía a los ciegos leer y escribir por el tacto, ha difundido desde entonces su nombre por todos los rincones del mundo, haciendo que las puertas de la esperanza se abrieran a millones de hombres sumidos en la sombra.

«Braille», ha dicho Helen Keller, «murió, aunque ciego, siendo un ser humano completo y cabal, grande porque con grandeza, en efecto, hizo uso de su falta de visión para liberar a los semejantes suyos afligidos del mismo mal. Aquel hombre vivió y murió a la luz gloriosa de su espíritu triunfador y de su intelecto brillante e inventivo».

Este verano, para honrar al espíritu triunfador y el intelecto brillante e inventivo de Louis Braille, el gobierno de Francia va a hacer trasladar sus restos de la humilde tumba en que reposan en Coupvray, aldea situada a 25 kilómetros de París, al Panteón, donde se lo enterrará entre los muertos ilustres del país. No sólo en Francia, sino también en muchos otros países, se conmemorará este centenario de la muerte de Braille a lo largo de todo el año en curso.

Hijo de un sillero, Braille nació en Coupvray el 4 de enero de 1809. A los tres años de edad perdió la vista al metérsele accidentalmente en un ojo un instrumento cortante del taller de su padre. A raíz de la infección consiguiente, que pasó al otro ojo, Braille quedó totalmente ciego. Al cumplir los diez años sus padres lo llevaron a París, donde ingresó en el Instituto Nacional para Jóvenes Ciegos. En esta escuela, primera institución educativa de su tipo, que Valentin Haüy había fundado 35 años antes, Braille se distinguió como alumno brillantísimo, acabando por ser maestro de álgebra y geometría — sus materias favoritas — y de música. Aquí conoció Braille las letras en relieve empleadas para ayudar a los ciegos a leer y escribir, y aquí también llegó a completar su ingenioso sistema de puntos en relieve.

No fué él el primero en concebir esta idea como método de lectura para los ciegos; ya hemos dicho que el sistema de las letras en relieve existía cuando él se puso a estudiar. Hacía ya varios siglos que el deseo de los ciegos de instruirse y los esfuerzos de sus amigos por abrirles esta puerta habían conducido a innumerables experimentos con letras en relieve y otros sistemas diversos. Letras recortadas en papel, alfileres clavados en almohadillas y tarjetas, figuras geométricas que rodeaban una serie de puntos en relieve, y hasta cuerdecillas hábilmente anudadas; de todo ello hubo en esos intentos iniciales.

La primera noticia de que se hiciera uso de un tipo de letra en relieve para que los ciegos puedan leer se tiene casi simultáneamente en España e Italia, en el curso del siglo XVI. El primero en hacer uso del sistema fué Francisco Lucas, de Zaragoza, que en 1571 ideó un juego de letras talladas en delgadas tabletas de madera. En 1575 Rampazetto, de Roma, introdujo alguna mejora en este sistema. Pero ambos parecen haber estado inspirados por las enseñanzas y escritos de Jerónimo Cardan, otro italiano que, veinte años atrás, abogó por un sistema de lectura al tacto.

Ejemplo y sacrificio de Valentin Haüy

UN siglo más tarde un padre jesuita, Francesco Lana, reconoció las posibilidades que había en la idea de un código basado en cierto número de puntos encerrados dentro de un cuadrado, idea que Braille y el Capitán Barbier, antecesor inmediato de éste, habían desarrollado más tarde. En un libro que tituló «Prodromo» el Padre Lana propuso también el uso de letras de madera movibles, letras vaciadas en metal e impresión sobre cobre. De todos los intentos que se hicieron en el sentido de imprimir en relieve, el más conocido es el de Valentin Haüy.

En 1771 éste vió cómo en una feria que tenía lugar en la Plaza Louis Le Grand — hoy Plaza Vendôme — la multitud se reía y gritaba cosas a un grupo de ciegos. Horrorizado por aquel espectáculo, decidió dedicar su vida a mejorar la suerte de todos los privados de vista. Poco tiempo después encontró un día a un ciego pidiendo limosna frente a la iglesia de St. Germain-des-Prés y resolvió llevarlo a su casa para tratar de educarlo.

Efectivamente, Haüy dió instrucción a aquel muchachito, llamado Lesueur, enseñándole a leer con letras talladas en tabletas de madera, método

similar al puesto en uso por Lucas y por Rampazetto. El sistema resultaba lento, complicado y difícil. Luego, completamente por casualidad, según se cuenta, mientras Haüy escribía en su despacho, el pequeño Lesueur empezó a sacar papeles de un cajón. De repente el muchachito tocó una invitación impresa en gruesas letras en relieve y vió que podía reconocer algunas de esas letras, lo cual dió a Haüy la idea de que enseñar a los ciegos a leer por ese sistema tendría que resultar más fácil que hacerlo por el que había estado siguiendo hasta entonces.

Pierre Henri, que es una autoridad en todo lo que se refiere a Braille y sus predecesores, duda de la verdad de esta anécdota. «Más bien me inclino a pensar» dice «que Haüy tomara esa idea de un apéndice a la edición publicada en 1783 de la «Carta sobre los Ciegos» en que Diderot relataba

iam Moon, que quiso tener en cuenta a los que pierden la vista en una edad avanzada y cuyo tacto no puede desarrollarse lo suficiente para leer por el sistema Braille.

La idea revolucionaria de representar las letras por medio de puntos sobresalientes no se debió a Louis Braille, sino a Charles Barbier de la Serre, ex-oficial del ejército francés en el Servicio de Señales. Barbier ideó un sistema de «escritura nocturna» para que los soldados pudieran comunicarse en el campo de batalla en la oscuridad de la noche. Luego pensó que aquéllo podía ser útil a los ciegos y lo presentó al Instituto de éstos en París. La «escritura nocturna» de Barbier tenía doce puntos dispuestos en diversas posiciones, y las perforaciones podían hacerse en papel. La escuela probó el sistema y lo adoptó como «método complementario de enseñanza». Pero era demasiado complicado. Ocupaba, en primer lugar, demasiado espacio, y era molesto y engorroso para los dedos. Además, había que descifrarlo, ya que se trataba de un código y no de un alfabeto.

La destreza y la paciencia pueden tanto como el genio

BRAILLE, que en ese entonces era ya maestro en el Instituto, se interesó por la idea. Como maestro le fué fácil ver los inconvenientes que tenía por lo que respecta a ortografía y puntuación. Pero por lo menos era posible escribir en aquel código, ya que Barbier había ideado también el marco de metal que permitía efectuar las perforaciones en el papel. El sistema de Barbier se proponía solamente transmitir sonidos; el oficial afirmaba que para el común de las gentes la ortografía constituía un refinamiento superfluo. Pero los motivos que lo impulsaron a someter su invento a los ciegos han permanecido siempre en el misterio. Desde un principio el método pareció agradar a los alumnos del Instituto, que quizá leyeron por medio de él más rápidamente que por medio de las letras en relieve de Haüy. Lo que hizo Braille fué ponerse a simplificar el sistema y a hacerlo más práctico para los dedos de un ciego, hasta que un día redujo los 12 puntos contenidos en cada rectángulo a seis. El rectángulo que contenía estos seis puntos lo pudo sentir al tacto de una sola vez. Dejando de lado la idea de usar cifras, Braille decidió hacer diversas combinaciones de aquellos grupos de seis puntos y formar con ellas un alfabeto, para lo cual dispuso los seis puntos en tres pares, uno sobre otro, como en una pieza oblonga de dominó.

Pero siendo Braille hombre de una honestidad acrisolada, rindió tributo a su predecesor en el prefacio de su primer libro, donde dice: «Aunque hemos señalado las ventajas que nuestro método posee cuando se lo compara con el de este inventor (Barbier) hay que decir en su honor que fué de su método que recogimos la primera idea para el nuestro.»

«Se ha dicho» manifestó en cierta ocasión Pierre Henri, «que la razón por la cual el sistema de Louis Braille ha resultado superior a todas las demás formas de escritura para ciegos es que llevaba en sí el sello del genio. Pero para decirlo con mayor sencillez, la cosa es el resultado de una combinación de destreza y trabajo paciente y metódico. Siendo ciego Braille, se explica su éxito; porque sólo un ciego podría haber dispuesto aquellas series de puntos en grupo que corresponden con toda exactitud a las exigencias del sentido del tacto. Redúzcase el número de puntos y el número de signos de que se dispone es por fuerza insuficiente; aumenteselo, y la yemas de los dedos ya no pueden abarcarlo, y en consecuencia no se puede leer con facilidad.»

«Braille no se contentó con dar a los ciegos un alfabeto. Desde el principio, acordando dobles o triples valores a cada signo, les dió asimismo un sistema de notaciones musicales, un grupo de símbolos matemáticos elementales y un sistema de taquigrafía con objeto de que los que se vieran en su misma situación pudieran satisfacer, no sólo un legítimo afán de cultura, sino también diversas exigencias de orden profesional.»

Al morir el 16 de enero de 1852 no tenía Braille idea alguna de que su sistema sería adoptado universalmente por los ciegos de todas partes del mundo. Aún en su propia escuela tuvo gran dificultad para que se reconociera y usara su método. Sólo después de su muerte se adoptó su escritura oficialmente en las escuelas francesas para ciegos. Sin esa escritura los 7,000,000 de ciegos que hay en el mundo hoy en día se verían privados de la llave más poderosa de libertad y conocimiento que pudo haberse puesto en sus manos.



COUPVRAY, LUGAR DE PEREGRINACION

En la Plaza de Coupvray, aldea natal de Luis Braille, se encuentra el monumento elevado a su memoria en 1887, 35 años después de su muerte. En una de las caras del pedestal se encuentra un alfabeto Braille, en la otra un bajorrelieve en bronce donde se ve a Luis Braille enseñando a leer a un niño ciego.



cómo un impresor parisién, llamado Prault, había impreso un libro en relieve para que una distinguida joven ciega, Mlle de Salignac, pudiera leerlo.»

Fuera cual fuera la fuente de inspiración de Haüy, el caso es que éste se resolvió a enseñar a leer a otros niños ciegos por medio del método citado. En 1784 inauguró la primera escuela dedicada a ellos que se registra en la historia, y a fines del mismo año ponía en manos de sus alumnos los primeros libros impresos con letras en relieve.

Pero el sistema resultó difícil para la lectura al tacto, y prácticamente imposible para la escritura. En diversos países siguieron haciéndose constantes cambios e introduciéndose constantes mejoras con objeto de vencer las dificultades que el sistema presentaba. De todos los métodos propuestos sobre la base de las letras en relieve no subsiste hoy en día más que el llamado método Moon, inventado por un ciego inglés, el Dr. Will-



EL BRAILLE LENGUAJE UNIVERSAL

ENTRE la época del Real Instituto para jóvenes ciegos de París, en el que inició Luis Braille en 1829 su sencillo sistema de puntos en relieve, y la gestión de la Unesco hecha en 1949 para ayudar a racionalizar la babel del Braille que se usaba en muchas partes del globo, han transcurrido 120 años. Los primeros cincuenta fueron testigos de una tenaz batalla librada por los grupos conservadores para mantener las viejas formas del relieve. Después hubo setenta años durante los cuales el método original de Braille se fué diversificando, modificando hasta reconstruir sus propias formas.

Casi desde un principio, sin embargo, los entusiastas del sistema Braille de muchos países empezaron a jugar con los puntos perforados, haciendo con ellos múltiples combinaciones. Y así no pasó mucho tiempo sin que los mismos agrupamientos de los seis puntos empezaran a usarse, no sólo para expresar letras diferentes en lenguajes diferentes, sino también letras diferentes en un mismo idioma. Por espacio de 70 años se libró una especie de guerra civil, en ambos lados del Atlántico, entre las numerosas adaptaciones del Braille.

En Gran Bretaña, por ejemplo, se llegó a imprimir la Biblia, allá por 1868, en no menos de cinco tipos de Braille diferentes. Ese mismo año el Dr. Thomas R. Armitage, junto con un grupo de ciegos como él, fundó la Asociación Británica y Extranjera de Ciegos (actualmente Instituto Nacional de Ciegos), entidad que debía desempeñar un papel importante en el sentido de imprimir libros en Braille y difundirlos luego, así como de afianzar en el mundo entero la causa de este sistema. Tras de proceder a un estudio de los diversos tipos de escritura Braille usados en Gran Bretaña, el grupo se decidió a apoyar el sistema original.

En los Estados Unidos se hizo uso de tres adaptaciones distintas del sistema. Un grupo adaptó el Braille francés, como lo hiciera Inglaterra. Otro modificó muchos de los signos de acuerdo con el principio del menor número de puntos para las letras que se repetirían frecuentemente en un texto. Un tercer grupo cambió el eje del rectángulo de Braille de la posición vertical que tenía a una posición horizontal. Los tres sistemas tenían sus virtudes, pero crearon una situación similar a la que se produciría entre los que gozan del sentido de la vista en los Estados Unidos si la tercera parte de ellos escribiera Washington como se escribe habitualmente en inglés, si otra tercera parte lo escribiera Pffwtqsaq y la tercera expresara la palabra con los siguientes signos: γϑϕπαιαελα.

Sólo en 1918, después de 15 años de trabajo de un comité designado al efecto, se volvió a restablecer la unidad al acordarse la vuelta al Braille francés original. Hace veinte años, en 1932, se llegó finalmente a un acuerdo entre el Reino Unido y los Estados Unidos por el que quedaba fijado el « Braille inglés standard » como forma abreviada y contrada del sistema para todos los ciegos de habla inglesa en el mundo entero.

Los sistemas divergentes introducidos también en la escritura Braille correspondiente al alemán, al griego moderno y al hebreo se rindieron luego, a su debido tiempo, a la corriente iniciada en Gran Bretaña y Estados Unidos, volviéndose en cada caso al sistema original francés.

Pero en el mundo hay docenas y docenas de idiomas y dialectos importantes. En el sistema Braille usado en España, Portugal y los diversos países latinoamericanos había también variaciones. En el caso de los usados en los países asiáticos y africanos esas variaciones han sido mayores, y mayores también las inconsistencias, a causa de la diferencia entre las escrituras y la ausencia de símbolos reconocidos para los sonidos de las letras no empleadas en el alfabeto latino. En la última década cobraron nuevo impulso los movimientos ya iniciados en el sentido de establecer la unidad en los sistemas usados en las diversas regiones del mundo. Los gobiernos empezaron a estudiar la manera de vincular la educación de los ciegos a sus programas generales de educación, y al hacerlo así descubrieron el estado caótico creado por el uso de tantas y tan diversas adaptaciones del Braille.

Fueron éstas las circunstancias que en Abril de 1949 condujeron al Dr. Humayun Kabir, cosecretario de Educación del Gobierno de la India, a escribir al Director General de la Unesco indicándole la conveniencia de que la Unesco considerara la posibilidad de establecer una sola escritura universal para los ciegos de todo el mundo.

El Gobierno de la India ya había realizado por su parte grandes esfuerzos para producir alguna forma de escritura Braille unificada que abarcara los muchos y muy diversos idiomas hablados por la población del país.

Poco después de recibirse en la Unesco la carta del Dr. Kabir, el Consejo Ejecutivo de la Organización resolvió aceptar la responsabilidad que se le indicaba, reconociendo que el problema de la unificación del Braille era un problema de orden mundial, que entraba dentro de la órbita de los que corresponde estudiar y resolver a la Unesco.

Pero un problema de carácter mundial, como éste, requería el concurso de los mejores especialistas. La Unesco acabó por designar a Sir Clutha Mackenzie consultor « para estudiar la situación actual del Braille en el mundo y aconsejarla sobre los sistemas empleados y a emplearse ». Sir Clutha, un neozelandés que perdió la vista en la batalla de Gallipoli en 1915, ha llegado a ser uno de los expertos en escritura Braille más eminentes del mundo.

En la Conferencia General de la Unesco, en 1949, se dió instrucciones al Director General en el sentido de que « estudiara la situación mundial de la escritura Braille y, de acuerdo al parecer de un comité competente, organizara una conferencia internacional con objeto de llegar a un acuerdo sobre ciertos principios universales que permitieran el mayor grado posible de uniformidad en dicha escritura ».

Se reunieron en Diciembre de 1949 en

la sede de la Unesco destacados expertos de una serie de países, entre los que se contaban figuras eminentes de la enseñanza a los ciegos. Entre estos expertos estaban el Profesor Pierre Henri, que representaba a Francia; el señor John Jarvis y la Sta. Marjorie Hooper, a los Estados Unidos; el Profesor Suniti Kumar Chatterji, que representaba a la India, el Capitán Shahri Bekhradnia, delegado de Persia, y el Profesor Nikola Bassili, de Egipto.

La discusión llevó a todos ellos a ponerse unánimemente de acuerdo sobre una cuestión fundamental: la de que se debía crear un solo sistema Braille en que cada signo se usara para el mismo o casi el mismo sonido que en el sistema original y representara la misma letra o llenara, si no la misma función, una función similar. Esto allanó el camino para la Conferencia Internacional sobre el Braille, realizada en Marzo de 1950.

Los veintitún delegados, once de los cuales eran ciegos, vinieron a París, o hablaron en nombre de los ciegos, de los siguientes sitios: India, Pakistán, Egipto, Malaya, Argentina, Ceilán, Reino Unido, Jordán Hashemita, Francia, Grecia, Estados Unidos, China, Brasil y Japón. Helen Keller, la famosa ciega y muda que se ha convertido en una de las figuras más admiradas del mundo, asistió a una de las sesiones de la conferencia y dijo que el trabajo de ésta constituía una piedra miliar en la historia de las gentes privadas de la vista.

No exageraba por cierto Helen Keller. Como resultado de aquella conferencia, que se prolongó por espacio de diez días, los lectores ciegos, de cualquier idioma que fuesen, se vieron más cerca que los dotados de vista de contar con un tipo de escritura única para el mundo entero. Los delegados llegaron a la conclusión de que era deseable y practicable crear un sistema Braille uniforme, a grandes rasgos, para todos los idiomas y tipos de escritura, sistema que se conocería con el nombre de Braille universal.

En este sistema correspondería un solo símbolo a cada letra que se ve en la escritura corriente. El valor sonoro de ese símbolo tendría que ser idéntico al de la letra visual del alfabeto de un idioma determinado. De esta manera, el esfuerzo a realizarse debía consistir en hacer del Braille universal una representación completa, al tacto, de cualquier escritura legible. En cada grupo de idiomas habría que mantener la mayor uniformidad posible, debiendo lograrse asimismo el máximo grado de consistencia entre los sistemas Braille de los diversos grupos de idiomas.

Además, la Conferencia logró que se diera una serie de pasos prácticos y concretos hacia la creación de un sistema Braille universal. Uno fué el lograr que se llegara a un acuerdo en el sentido de hacer leer el Braille en todas partes de izquierda a derecha. Los representantes de las famosas formas de los idiomas perso-árabes que se hablan en el Jordán Hashemita, Egipto, Persia, Pakistán, Irak y Malaya decidieron indicar a todos los países de su grupo lingüístico la conveniencia de abandonar el actual método de leer de derecha a izquierda.

Por su parte, el delegado que hablaba en nombre del hebreo moderno se adhirió a esta recomendación.

Otro triunfo de la Conferencia fué el acuerdo a que se llegó para comenzar a formular una escritura china Braille uniforme basada en el idioma mandarín, aunque manteniendo cierto grado de correspondencia con el Braille tradicional. También se acordó recomendar que los símbolos matemáticos y químicos se vieran representados más uniformemente en todo el mundo; que se restituyera y mantuviera la uniformidad por lo que respecta a los signos de puntuación, y se extendiera asimismo el grado de uniformidad correspondiente a la notación musical.

En la Conferencia General de la Unesco, realizada en Florencia en el verano de 1950, se adoptaron nuevas medidas conducentes a la racionalización de la escritura Braille. La Conferencia decidió compilar una especie de carta del Braille universal; auspiciar la publicación de un manual de referencia sobre uniformidad en el sistema y prestar su apoyo a la fundación de un Consejo de Braille universal.

Poco a poco, gracias a los sólidos y consistentes esfuerzos de los expertos que trabajaban bajo los auspicios de la Unesco, fueron removiéndose gradualmente los obstáculos. Se realizó un estudio de la vinculación entre los símbolos del Braille y los de la Asociación Fonética Internacional. En Londres se realizó una reunión del comité de expertos formado para adaptar de una manera uniforme el sistema Braille a los idiomas de las tribus de África.

En Febrero de 1951 se celebró en Beirut una de las conferencias regionales previstas ya en 1949. Los trabajos de esta conferencia se dedicaron a los problemas creados por el deseo de llegar a la uniformidad en la escritura Braille de los idiomas hablados en el Medio Oriente, la India y el Sudeste de Asia. Luego, en Noviembre, tuvo lugar una segunda conferencia regional en Montevideo, dedicada a reducir las diferencias entre los diversos métodos Braille que se usan en los diversos países de habla española y portuguesa.

De esta manera quedó hecha la mayor parte del trabajo fundamental. Finalmente, la Unesco convocó en París, en diciembre pasado, a los representantes de diversos grupos de países en que se hablaba un mismo idioma, así como de los diversos comités formados con relación a la escritura Braille y de los editores de publicaciones en ésta, con objeto de que todos ellos actuaran como comité consultivo para la creación del Consejo de Braille universal. Este organismo habrá de ser una agencia internacional, que centralizará—y ayudará además, por medio del consejo de sus expertos—la obra de racionalizar todas las variedades de escritura Braille en una sola, de carácter universal. Cuando quede formado ese Consejo—cosa que se espera ocurra en el curso de este año—los ciegos contarán con un organismo que ha de actuar como custodio de sus derechos a la libertad, don de que sus antecesores no pudieron gozar.

El templo de Koryuji

Tesoro inédito del arte japonés

De todas las obras de arte existentes en el templo de Koryuji en Kioto, Japón, quizá la más sutil y llena de gracia sea la estatua de Miroku-Bosatsu, que puede verse más arriba. Hecha de madera tallada y cubierta de un baño de laca dorada, la figura (que también se conoce con el nombre sánscrito de Maitreya Bodhisattva) se remonta al período Hakuho del siglo VII y representa a la deidad adorada por los budistas como el futuro Mesías, que descenderá del cielo a la tierra para salvar a la humanidad. Hasta hace poco tiempo éste era el único tesoro del templo de Koryuji del que se había tomado una fotografía. Las que la suceden en las páginas subsiguientes son las primeras que se han tomado de los demás, y hasta la fecha han permanecido inéditas.





El Príncipe Shotoku Taishi, en cuyo honor se fundaron el templo de Koryuji el año de su muerte — 622 A.D. — inspiró una serie de gigantescos dibujos en colores sobre seda en que se representaban diversos episodios de su vida. Cada tapiz tiene cuatro metros y medio por dos metros setenta y cinco. Arriba puede verse parte de uno de los dibujos ejecutados durante el período Muromachi (siglos XV a XVI).



Umoregi-Jizo-Bosatsu, patrono de los niños, es una bella estatua de madera que data del Siglo IX.



Figura de Hata-no-Kawakatsu, fundador del templo de Koryuji en el año 622 A.D.



Busto de la imagen de Mekira (una de las doce deidades niponas), otra de las hermosas tallas, que data de 1064.

No existen en el mundo más de diez copias de estas fotos

EL Japón es una especie de museo donde, en el curso de los siglos, se han ido acumulando incontables tesoros de arte oriental, muchos de los cuales no se habían visto ni llegado a conocer nunca. Las preciosísimas, inestimables glorias del pasado se han venido guardando con tal celo en ciertos templos y monasterios, que no se ha permitido ni siquiera mirarlas a casi nadie; y hasta hace muy poco tiempo estaba prohibido sacar copias o hacer listas detalladas de todos estos tesoros.

Como resultado de esta disposición, cuando a raíz de un terremoto, un incendio, una inundación o un desastre cualquiera quedaba destruido alguno de estos templos, no sólo se hacía virtualmente imposible su reconstrucción, sino que la falta de detalles al respecto creaba un vacío irremplazable en la historia, la religión y el arte del lugar. Y a lo largo de la historia del Japón son muchos los desastres acaecidos a una serie de obras maestras del arte autóctono; el más reciente, el incendio de la pagoda de Koryuji, una de las más antiguas y más hermosas del país. A raíz de este incendio, ocurrido en 1948, se perdió totalmente el «hall» principal de la pagoda, con sus primorosas tallas en madera que databan del siglo ocho.

En esta catástrofe de Koryuji quedó por lo menos el consuelo de que se había documentado debidamente el contenido de ese «hall», de modo que lo que devoraron las llamas no quedó irremisiblemente perdido. Pero no siempre ocurre así.

A unos cuarenta y tantos kilómetros de Koryuji, en Kioto, todos los amantes de las obras de arte no sólo quedaron apenados, sino alarmadísimos por el incendio. ¿Y si ocurriera un desastre semejante en Kioto? A justo título, esta ciudad se enorgullecía de contener incontables tesoros. Capital del Japón desde 794 hasta 1869, se ha distinguido siempre por sus magníficos templos y capillas, sus monumentos llenos de gracia y destreza tanto arquitectónicas como artísticas, sus jardines, y sus muchos artesanos, que mantienen con fidelidad las mejores tradiciones del arte nacional. Pero nada de esto ha superado en fama a la pagoda de Koryuji, uno de los templos de madera más antiguos del mundo, santuario que los japoneses han venerado por espacio de siglos y siglos.

Edificado en un principio en honor del Príncipe Shotoku (572-621 A. D.) el templo fué reconstruido en 1165, haciéndosele reparaciones parciales en 1558-9. El rasgo dominante del templo es una refinada, graciosa, delicadísima estatua del futuro Mesías budista, Miroku Bohisattva, atribuida al cincel del príncipe mismo. También éste tiene sus estatuas en el templo, y es costumbre aún de los emperadores japoneses enviar los atavíos que usan en su coronación a Koryuji, para que con ellos se vista a una de las estatuas de Shotoku.

Dentro de la pagoda de Koryuji, como ocurría en tantos otros sitios, no había prácticamente ningún archivo que pudiera indicar a la posteridad todas las cosas que contenía el templo. De sobrevenirle algún desastre, la pérdida sería literal y absoluta. Y lo peor es que el templo, construido todo de madera, se encuentra dentro de la zona afectada por los terremotos.

Pero la Asociación Cooperativa de la Unesco en Kioto tomó medidas en 1950 para dejar registrados los tesoros de Koryuji en una serie de fotografías, algunas de las cuales se complace en presentar ahora a sus lectores «El Correo de la Unesco», ofreciéndoles así una verdadera primicia.

RICHARD O'FARRELL.



SIMBOLO DE LA SABIDURIA

Las manos de la estatua de Amida-Nyorai, una de las figuras sobresalientes en la historia del budismo, demuestran la influencia del arte indio sobre los japoneses. La posición de las manos de la estatua simboliza la enseñanza de la sabiduría por la pureza interior.



Detalle de la figura de Miroku-Bosatsu que revela la exquisita belleza de la mano y la pureza de expresión del rostro.



Imagen de un dios, tallada en madera, que data del siglo XII. Fué descubierta en 1941.



Cabeza de diosa, en madera tallada, descubierta en diciembre de 1941. Fines del período Heian (siglo XI).



KORYUJI

Uno de los depósitos de arte japonés más ricos, aunque menos conocidos, es el templo de Koryuji, situado en los alrededores de Kioto. Aquí se conservan los tesoros producidos por brillantes escultores y artistas japoneses entre los siglos siete y quince. Puede decirse que la historia de la escultura japonesa data de la introducción del budismo al país. El budismo fué traído de Korea en 552 A. D., menos de un siglo antes de que se construyera el templo de Koryuji. Es sorprendente que existan todavía tantas esculturas en el Japón, ya que muy a menudo éstas estaban talladas en madera y se las guardaba en edificios también de madera, expuestos a repetidos incendios. Pero la conservación de estas obras se ha debido principalmente a la parte importante que las obras de arte han desempeñado en la religión y a los cuidados reverentes de que los japoneses las han hecho objeto, pese a lo cual el fuego y los terremotos destruyeron gran número de ellas. En 1897 el Estado comenzó a acordarles protección sistemática, y miles de obras de arte fueron clasificadas de « tesoros nacionales », haciéndose luego un registro fotográfico de ellas. Pero no se tomó ninguna foto de las existentes en el templo de Koryuji hasta 1950, y en consecuencia, fuera del Japón, estas obras maestras han seguido siendo desconocidas hasta el día de hoy. En las páginas 13, 14 y 15 presentamos varias fotos inéditas. Arriba puede verse la estatua de Miroku-Bosatsu, el mesías budista del futuro, que en un tiempo fuera la figura principal en el vestíbulo del templo.